

La resistencia de la tradición

En una tierra de grises, para quien solo entiende de negro o blanco, los nuevos tiempos mestizos de arraigos y novedades, no suelen combinar bien. La modernización de los medios en prácticas de profunda tradición había llevado en más de una ocasión a terribles consecuencias, cuando lo sobrenatural y la ciencia se embarcaban en un viaje del que solo podía quedar uno. Pocos lograban resistir esa batalla, y quien lo hacía, debía asumir las consecuencias.

Con la aparición de vehículos de motor, cámaras fotográficas o televisores, las visiones de *cuélebres*, *traspus* o *nuberus* cayeron en picado, como si la gente tuviera otras cosas a las que prestar atención. Oficios de antaño, arduos y artesanales, también decaían ante los avances tecnológicos que permitían finalizar las tareas de forma más rápida y eficiente, cambiando no sólo los modelos de negocio, sino la vida tal y cómo se había entendido hasta entonces.

Como con todo, había gente que rápidamente se sumaba al cambio ante la promesa de mayores rendimientos económicos, mientras otros, más testarudos y defensores de la tradición, preferían mantenerse anclados en las costumbres de antaño, argumentando razones morales sobre la pureza del oficio. Tampoco podían faltar, y más teniendo en cuenta la cercanía de aquellas tierras con Galicia, una región que navega en una incertidumbre en la que uno no sabe si van o vienen, otras familias que adoptaron soluciones a medias, dubitativos por las ventajas e inconvenientes de cada alternativa, como ese cielo encapotado que orvalla, pero que no termina de decidirse entre empezar a llover o despejar.

La casa de José Ardura se encontraba en este último grupo, una familia de vaqueiros de toda la vida que habían visto como otras familias de la zona habían modernizado su actividad ganadera, abandonando la trashumancia y aumentando su producción con grandes vehículos motorizados que les permitían transportar el ganado sin necesidad de pasar solitarias noches

de verano en las Brañas. Y es que cada vez quedaban menos familias que siguiesen trabajando de la forma tradicional, en la que, dependiendo de la estación, alzaban a las altas montañas en busca de mejores pastos para sus vacas, permaneciendo allí durante meses hasta que, tras el verano, descendían de nuevo con su rebaño a zonas más costeras.

José Ardura era partidario de adaptarse a los nuevos tiempos, no sólo por comodidad, sino porque quería labrar un futuro más prometedor para sus hijos Josín y Teresa. José Ardura se había pasado toda la vida escuchando historias del maltrato sufrido por los vaqueiros por parte de sus vecinos asentados o xaldos, como por ejemplo cuando les impedían beber en vasos de cristal en los bares, o de cómo en las romerías tenían que bailar en grupos aparte. Eran considerados como un grupo inferior, y por supuesto esto era algo que a José Ardura le picaba en el orgullo, pero había hecho las paces consigo mismo a la hora de desear un futuro mejor para sus hijos, aunque fuera a costa de parecerse a quienes los humillaban. Quería que Josín pudiera ir a la escuela y, llegado el caso, desarrollar los conocimientos para modernizar la vida ganadera con los nuevos métodos que ya se practicaban en otros lugares, saliendo así de prácticas anticuadas y esclavizadoras. También deseaba que Teresa pudiera casarse con quien ella quisiera y que no estuviera condenada al matrimonio concertado que él mismo había padecido en su juventud con María del Carmen.

María del Carmen era una mujer de la que lo único bueno que podía decir es que le había dado dos hijos. Vaga, respondona y pobre cocinera, José Ardura nunca la había visto reírse. El paso de los años había construido una ligera capa de cariño entre ellos, pero amor, lo que se dice amor, solo lo tenían hacia sus hijos. Se respetaban, se cuidaban, pero no existía entre ellos la complicidad matrimonial que las historias de caballeros y princesas les habían hecho creer que existiría entre dos amantes.

Por eso a José Ardura le sorprendió especialmente que María del Carmen se pusiera de su lado, cuando en la primavera anterior, discutió con su tío Belarmino sobre la posibilidad de introducir cambios en la cría del ganado. Tío Belarmino era un vaqueiro de los de antes, de los que ya quedaban pocos. Firme defensor de las culturas y tradiciones de su pueblo, se creía un guardián de la esencia asturiana, y escupía odio hacia los xaldos que los querían hacer de menos, pues para él los xaldos eran los auténticos herejes, esclavos de las nuevas costumbres más impuras.

Por eso la discusión había terminado casi en trifulca. Tío Belarmino se avergonzaba de que José Ardura quisiera bajarse los pantalones y “cagarse” en el trabajo que su padre, su abuelo, y los que vinieron antes que ellos habían llevado a cabo con orgullo.

—¿Qué pensaría el tu padre? Dígotelo yo, pensaría que estás loco y desheredárate.

—Mi padre ya no está. Ni mi padre, ni Adolfo, ni Pepe, ni José Antonio. Ya no queda nadie, y los que quedan están adaptándose ya a los nuevos tiempos. Y si no lo hacemos nosotros también, será nuestra ruina —intentaba razonar José Ardura.

—¡Prefiero morir arruinado que vivir como un puto xaldo! ¡Nacimos vaqueiros y moriremos vaqueiros!

—Bueno, ¡ya está bien! —Gritó enfadada María del Carmen—. Usted vive ahora en nuestra casa, y el que manda en esta casa es José. Así que póngase de acuerdo con él o ya sabe dónde está la puerta.

Tío Belarmino era testarudo, pero de tonto no tenía un pelo, de modo que verse en inferioridad numérica, sin duda hizo saltar algún mecanismo en la cabeza del anciano, sabedor de que le costaría valerse por sí mismo si tuviera que volver a vivir sólo. De modo que finalmente consiguió llegar a un acuerdo con José Ardura. En lugar de subir toda la

familia en busca de los buenos prados de la alta montaña, solo José y él se encargarían de la tarea.

Durante el día, acordaron que siempre habría una persona en la Braña, mientras el otro compañero subiría a ayudarlo en días alternos. Por otro lado, para pasar las noches, siempre dormiría en la Braña uno de los dos, turnándose de forma semanal. De esta forma, tanto José Ardura como tío Belarmino pasarían una semana en la Braña y otra en el pueblo, usando la furgoneta tipo *pick-up* para subir y bajar dependiendo de donde tocara trabajar la jornada diurna. Solo Coque, el perro pastor que era como un hijo más de la casa, y que estaba acostumbrado a vagar a su aire, pasaría todo el verano en la Braña, mientras los miembros de la familia repartirían sus esfuerzos.

De esta forma, durante días alternos contarían con la mano de obra necesaria en la Braña para tareas importantes como la recogida de heno para el invierno, mientras que al caer la tarde uno de ellos podría bajar en la furgoneta para atender durante el día siguiente otras tareas que seguían siendo necesarias en el pueblo, como reparar el tejado del hórreo. El plan solo tenía una pega para José Ardura, y es que cada dos semanas Josín también tendría que subir con él para que fuese aprendiendo de las costumbres vaqueiras y empezase a coger responsabilidades, pues a fin de cuentas ya tenía cinco años y era el primogénito de la familia. Pero esto era algo en lo que se podía ceder con tal de contentar a tío Belarmino.

Y el plan funcionó a las mil maravillas. La hierba había crecido alta y la Braña seguía en perfecto estado, los muros habían resistido el invierno y en la casa tan solo hubo que reponer un poco de paja de centeno en el extremo sur del tejado, más expuesto a las inclemencias del tiempo. El resto del terreno estaba perfecto y las vacas tendrían ricos recursos para crecer grandes y fuertes, que a fin de cuentas era lo más importante.

Lo cierto es que José Ardura disfrutó como nunca durante esos meses de la libertad vaqueira, viviendo por y para sus vacas, animales exigentes pero agradecidos, que le dejaban tiempo para sus paseos entre picos montañosos, para cazar grillos que Josín mantenía con esmero a base de lechuga, o para admirar las estrellas cuando caía la noche. Pese a sus discusiones con tío Belarmino, José Ardura apreciaba igualmente la vida pastora que tenía, honesta y libre, así como los cambios introducidos en la dinámica de trabajo. Era firme defensor de que no todo era blanco o negro, y que al igual que las grises nubes eran sinónimo de buenas noticias para agricultores, también ellos podrían sacar provecho de la tonalidad gris entre lo nuevo y la tradición, como estaban demostrando las últimas semanas.

Tío Belarmino no estaba tan gruñón, aunque intentaba disimularlo, Josín se lo pasaba en grande los días que paseaba entre las diez cabezas de ganado, e incluso le había puesto un nombre a cada una de ellas, aunque luego no siempre recordase quien era quien. Y cada vez que José Ardura regresaba a casa, la pequeña Teresa se abalanzaba corriendo a sus brazos, algo que nunca había hecho hasta entonces. Incluso la relación con María del Carmen había mejorado, como si el darse tiempo a echarse de menos hubiera hecho aflorar sentimientos desconocidos hasta entonces. Tal era su renovada pasión que no dudaban en buscar con ahínco el tercer hijo las semanas en las que José Ardura dormía en el pueblo con ellos, sobre todo porque esos días no tenían que preocuparse por los oídos indiscretos de tío Belarmino, que dormía en la Braña.

Bien entrado septiembre, cada vez se veía más cerca el día de San Miguel, momento en que tío y sobrino bajarían juntos al rebaño para dejarlo estabulado en el pueblo durante los meses de verano. Ese era un día de fiesta que todos esperaban con ansia, pero aquella mañana de domingo había amanecido fría y nublada, como tantas otras, aunque con visos de tormenta, algo más extraño a esas alturas del año, como si fuera una advertencia de lo que estaba por venir.

José Ardura había charlado largo y tendido durante las semanas previas alrededor de la posibilidad de, visto el éxito del nuevo reparto de tareas, establecer para siempre aquella nueva rutina, algo que tío Belarmino no terminaba de encajar con buenos ojos, quejándose de que era mucho trabajo para una sola persona, que él estaba cada vez más viejo y cansado, y que quizás era mejor volver al plan de toda la vida, al menos hasta que Josín fuese lo suficientemente mayor para reemplazarlo, y volver entonces a funcionar a turnos con su padre.

No obstante, y pese a que seguían sin llegar a un acuerdo definitivo, José Ardura estaba feliz en esos días, porque se acercaba San Miguel, porque las vacas habían engordado como nunca, y porque la vida en el pueblo había sido cuidada durante aquellos meses a la perfección. Por eso, ajeno a lo que le esperaba, la tarde de aquel domingo subió canturreando en su furgoneta por la carretera que lo dejaría a quince minutos de distancia de la Braña. Al final del camino, siempre tenían que recorrer ese último tramo a pie, caminando por empinados caminos montañosos hasta el encuentro con su tío para darle el reemplazo del turno de noche para la nueva semana que empezaba.

Una vez arriba, lo primero que le sorprendió fue ver cómo su tío salía corriendo hacia él. Ya desde lejos se podía vislumbrar en tío Belarmino un semblante muy pálido, nervioso por hablar con su sobrino. Algo había pasado, eso estaba claro, pero José Ardura no sabía el qué.

—¿Pasó algo con las vacas? —Le estampó cuando aún estaban a quince metros uno del otro.

—Lo vi. —Con un hilillo de voz apenas perceptible, tío Belarmino sonaba verdaderamente asustado—. Ayer por la noche, vilo.

—¿Pero a quien coño vio tío?

—Al Tabromachu. Está rondándonos José. Levanteme a por un vasu de agua y cuando asomé a la ventana, vi los ojos amarillos detrás de aquel muro. Pero dióse cuenta de que estábalo mirando, y marchó corriendo.

—Ya estamos con los cuentos de viejos.

—Si digo que lo vi, es que vilo, coño. Hoy no bajó al pueblo, quedámonos todos aquí. Ya decíate yo que estos inventos tuyos íban-nos a traer la ruina. Tendríamos que haber subido a toda la familia, así podríamos hacer guardias.

José Ardura tenía una ligera sospecha sobre aquel repentino avistamiento, y no era otro que tío Belarmino gastando una de sus últimas balas para intentar retornar a la trashumancia de años anteriores. No se le había ocurrido mejor cosa que recurrir a una historia de la mitología de la zona, usada para asustar a los niños. El Tabromachu era un ser gordo y peludo de enormes ojos amarillos que, caída la noche, se acercaba a las Brañas más descuidadas para robarles el ganado. Además, como era muy lento, se veía obligado a colocar distintos tipos de ingeniosas trampas para que la vaca no se pudiera escapar de sus fauces, por lo que estas tretas también podían destrozar parte de las casas. Solía decirse que era capaz de devorar una res de un solo bocado y que, si alguien era testigo de aquel momento, lo secuestraría y ahogaría en el pozo más cercano, volviendo locos a sus familiares pues no lo volverían a ver jamás.

Probablemente, esta fábula se había originado para dar una explicación a las frecuentes desapariciones de vacas de antaño, lo más seguro raptadas por delincuentes comunes, pero había calado hondo en aquella zona recóndita del occidente asturiano y muchos pastores seguían temiendo al Tabromachu.

—Déjese de cuentos anda, y tire para la furgoneta, que se le va a hacer tarde.

—¡Vaqueiros José! ¡Que somos vaqueiros! Esto está mal y sábeslo. ¿O ya no recuerdas nada nuestro? *Donde la vaca blanca vaya a hacer su enfoscada, allí iremos nosotros a hacer nuestra morada.*

—*Y donde la morada deje de estar vigilada, vendrá el Tabromachu a dejarnos sin ganancia.* Lo sé tío, lo sé —dijo José para intentar calmar los ánimos—. Pero decidimos que este año hacíamos las cosas así y no hay marcha atrás. Váyase tranquilo, que le prometo que haré guardia toda la noche. Nos vemos pasado mañana.

Aunque a regañadientes, tío Belarmino cargó en la furgoneta un par de alpacas de heno que había dejado cerca aquella mañana, y se marchó. Mientras, José Ardura, que no toleraba estas tonterías de tiempos pasados, pero que tampoco era un mentiroso, se empezó a preparar para la noche de vigía. Una noche en la que tenía pinta que iba a terminar descargando la tormenta que llevaba amenazando todo el día.

José Ardura no creía en fantasmas, pero toda una vida sujeta a supersticiones y leyendas se había cobrado su peaje, así que estaba un poco inquieto, atento a cualquier ruido extraño, vigilando el perímetro de la Braña en busca de cosas de las que intentaba convencerse que no existían. Mientras nervioso, oteaba el horizonte con el hacha en la mano, se seguía reafirmando en que cosas como estas eran las que le hacían querer dejar atrás la doctrina más tradicional del clan vaqueiro. Deseaba que Josín y Teresa, cuando creciesen, no se sintiesen tan influenciados por cosas irracionales y arcaicas, y que su camino estuviese más influenciado por la razón y su propia voluntad.

Aún no había anochecido cuando el primer relámpago dio la señal de salida a una tromba de agua y viento, intensa pero breve, que obligó a José Ardura a resguardarse momentáneamente dentro de la cabaña. Cuando el cielo escampó tan solo unos minutos después, sus ojos no se podían creer lo que vieron desde la ventana. Una sección del muro que marcaba la frontera de

la Braña, de apenas un par de metros de longitud, se había caído justo en la zona en donde el rebaño se había ido a proteger del viento. Pero lo peor de todo es que la fortuna se había compinchado con la mala suerte, y alguna de las rocas había atrapado en su caída la pata trasera derecha de una de las vacas que, tumbada, mugía angustiada.

Su pensamiento racional inmediatamente identifico que probablemente el muro se habría caído por efecto de la lluvia o el viento, pero con cada paso que daba hacia la tapia para rescatar al animal, la figura del Tabromachu y sus trampas sobrenaturales se iba haciendo cada vez más grande, ocupando más espacio en una cabeza que ya estaba completamente aterrada.

Casi corriendo, llegó hasta el punto del accidente, donde una a una, fue quitando con esfuerzo las piedras que atrapaban a Clotilde, como así había bautizado Josín a la vaca. Clotilde se revolvía y pataleaba nerviosa en el barro, intentando zafarse del peso que tenía encima, mientras José Ardura sudaba la gota gorda para mover las piedras más pesadas, mientras con la mirada atenta, estaba pendiente de que no apareciesen los temibles ojos amarillos del Tabromachu.

Tan centrado estaba en buscar al ser mitológico, que no se dio cuenta que Clotilde estaba casi liberada, lo que la exaltaba progresivamente, con unos aspavientos cada vez más amplios del resto de extremidades para intentar incorporarse, hasta que, en un momento dado, la pata trasera izquierda soltó una coz que impactó de lleno en la nuca de un José Ardura que estaba agachado para levantar una de las últimas piedras. El impacto fue tan duro que José Ardura se desmayó de inmediato, hundiendo la cabeza en el barro.

Pasaron varios minutos hasta que recuperó el sentido, cuando se encontró a Josín llorando sobre su pecho, moviéndolo para intentar despertarlo. Sentía como si un tren hubiera pasado por encima de su cabeza, pero sacó fuerzas para tranquilizar a su hijo.

—No te preocupes Josín, esto no ye nada. Estoy bien. ¿No te dije que esperaras en la cabaña?
¿Qué haces aquí?

—Estaba en la cabaña, lo juro *sniff*. Pero vi al Tabromachu en la ventana, papá *sniff*. Me estaba mirando *sniff*, y tuve miedo. Te llamé *sniff*, y no viniste —dijo entre sollozos mientras José Ardura se incorporaba del susto.

—¿Cómo que lo viste? Pero si el Tabromachu no existe Josín, no digas tonterías. Venga, vamos para la cabaña. —José Ardura disimuló su miedo mientras pidió a su hijo que le echara una mano para levantarse, y juntos arrejuntaron después al ganado alrededor del bebedero, ya que allí tenían una pequeña cerca de madera con la que poder enjaular a los animales durante la noche, perfectamente visible desde la ventana de la cabaña. Por suerte fueron capaces de terminar la tarea justo cuando los últimos rayos de sol se colaban entre las montañas, de modo que pudieron resguardarse antes de que oscureciese por completo.

La cena consistió en un poco de pan con queso, pero José Ardura no probó bocado, atento a lo que ocurría al otro lado de la ventana, dolorido por la brecha que tenía en la cabeza y que aun sangraba un poco, y nervioso por cosas que se escapaban a la lógica. Se intentaba autoconvencer de que el Tabromachu no existía, pero el miedo en los ojos de su hijo reflejaba otra cosa. Tras acostar, no sin esfuerzo, al tembloroso Josín, de nuevo agarró el hacha, se tomó un par de chupitos de orujo para templar los ánimos y se sentó a oscuras al lado de la ventana, con un ojo puesto en el rebaño, y otro en los alrededores. Ahora sí que no le quedaba más remedio, tendría que hacer guardia toda la noche.

Durante el transcurso de las horas, y pese a que la herida había dejado de sangrar, el dolor de cabeza se hacía cada vez más insoportable, lo que sumado al sueño y a la media botella de orujo que se había ido bebiendo para relajarse, hacía que mantener los ojos abiertos fuera una misión prácticamente imposible. Las continuas cabezadas le llevaron a la conclusión de que

esa no era forma de vigilar, que mejor era dormir cinco minutos para refrescar y luego poder hacer toda la noche del tirón. De modo que programó el despertador que tenía en la mesita de noche para cinco minutos más tarde y sucumbió al sueño.

José Ardura no despertó hasta que el primer rayo de sol de la mañana le golpeó en la cara. La noche anterior estaba tan cansado que había apagado el despertador de forma inconsciente. Lo primero de lo que se percató al despertar fue que el dolor de la cabeza era incluso más intenso que antes de haberse dormido, pero lo segundo que hizo al darse cuenta de que se había dormido, fue salir corriendo hasta el bebedero. Por fortuna, allí seguían los diez animales, incluida Clotilde, que todavía cojeaba un poco, pero estaba sana y salva, que era lo importante. Aliviado, regresó a la cabaña riéndose por lo inocente que había sido la noche anterior, y por cómo había dejado que cuentos de viejos se hubieran metido en su cabeza.

Volvió adentro para despertar a Josín. El plan para el día consistiría en desayunar y arreglar el muro antes de soltar de nuevo a las vacas. Sería una buena oportunidad para que Josín aprendiese una nueva tarea. Así que lo llamó desde el umbral de la puerta, pero no obtuvo respuesta. Se acercó hasta la cama para despertar al remolón, pero su corazón dio un vuelco.

Josín no estaba en la cama. Tampoco había rastro de él en la cabaña. José Ardura salió corriendo de nuevo, llamándolo a gritos, pero allí no había nadie. El corazón le iba a mil por hora y cada latido retumbaba en la herida de su cabeza como un martillo. ¿Dónde estaba su hijo?

De nuevo, el Tabromachu se apoderó de su dolorida mente. Recordó la historia de cómo el ser mitológico tiraba a los pozos a los testigos indiscretos, y se zambulló como una exhalación en el bebedero sin importarles el estar vestido ni la gélida temperatura del agua. Palpó el fondo y achicó agua mientras seguía gritando su nombre, pero ni rastro de Josín. ¿Dónde se lo había llevado? Intentaba mantener la calma para pensar, pero ni la angustia ni el

mal de cabeza le daban tregua. Pensó en cual era la aldea más cercana, pues sin duda allí habría un pozo en el que buscar.

Recordó que por San Agustín había una pequeña feria de ganado en Monte Soslayo, apenas a quince kilómetros de distancia. El único problema es que el tío Belarmino se había llevado la furgoneta el día anterior, de modo que tendría que recorrer la distancia corriendo por empinadas y resbaladizas cuestas, impregnadas del rocío de la mañana. No lo dudó, y sin dar tiempo a secarse, echó a correr de nuevo.

Las casi dos horas de recorrido le parecieron días. Angustiado, no dejaba de echarse la culpa por haberse quedado dormido. Pero si ya de por sí se encontraba devastado, no podía ni imaginarse el momento de tener que llegar a casa y contarle a María del Carmen la noticia. El cansancio, la tortura y la herida seguían castigándolo hasta el punto de confesarse que había sido un error no hacer caso a tío Belarmino. Por culpa de sus aires modernos de cambio, había separado a la familia y ahora Josín estaba desaparecido. El Tabromachu se había cobrado esta venganza por haberse burlado de él.

Cuando llegó a Monte Soslayo, el pueblo estaba cerrado de niebla. Empapado en sudor, pero con los ojos bien abiertos, mirando a través de las ventanas, asomando a las cuadras, entrando en los hórreos, no quería dejar ni un resquicio sin buscar, hasta que por fin encontró un ápice de esperanza. En un terreno un poco alejado del núcleo más poblado de casas, vio la silueta de un niño sentado en el suelo. El niño parecía estar encerrado en un espacio protegido por portones de madera de un metro de altura que otrora habrían sido usados seguramente como cuadra de algún cerdo, pero cuanto más se acercaba, más claro tenía de que se trataba de Josín, no había dudas.

Saltó la valla que protegía el pequeño cercado y corrió a su encuentro gritando, aliviado, su nombre. Pero Josín no respondía, estaba envuelto en un estado de shock. Sonreía mientras su

padre lo cubría de besos y le preguntaba si estaba bien, pero no articulaba palabra. Sólo cuando José Ardura lo cogió en cuello para llevárselo de vuelta a la Braña empezó a hablar, repitiendo en bucle las mismas palabras que le había dicho tras el encontronazo con la vaca Clotilde.

—Estaba en la cabaña, lo juro. Pero vi al Tabromachu en la ventana, papá. Me estaba mirando, y tuve miedo. Te llamé, y no viniste.

—Ya lo sé hijo, ya lo sé —reconocía José Ardura retorcido de dolor. La adrenalina del momento lo había dejado exhausto y apenas podía cargar con su hijo, que era como si pesase el doble de lo normal. No iba a ser capaz de volver andando a la Braña.

Por eso cuando vio un coche, no se lo pensó dos veces. Se aprovechó de que la gente de Monte Soslayo era muy confiada y las llaves estaban puestas en el contacto. Arrancó y se marchó justo cuando el legítimo dueño del vehículo asomaba a la ventana de su casa, reclamando a gritos que detuvieran al hijoputa que le estaba robando el coche, mientras Josín seguía latiendo su cantinela, más fuerte que antes.

—Estaba en la cabaña, lo juro. Pero vi al Tabromachu en la ventana, papá. Me estaba mirando, y tuve miedo. Te llamé, y no viniste.

José Ardura hacía lo que podía para intentar calmar a su hijo, acariciándole, pidiéndole perdón, rogándole que parase. Las punzadas que notaba en la base del cráneo y los miles de pensamientos que se le acumulaban en la cabeza tampoco ayudaban. Qué le pasaba a Josín, cuándo iba a devolver el coche, qué papel estaba jugando el Tabromachu en todo aquello, la tradición vaqueira, arreglar el muro de la Braña, secar la ropa empapada, María del Carmen, Teresa, tío Belarmino, el precio de Clotilde si no recuperaba de la cojera, reponer la botella de orujo, qué le pasaba a Josín.

Encerrado en ese círculo tormentoso, llegaron al límite de la carretera y siguieron caminando hasta la cabaña, que había quedado abierta de par en par. A falta de unos metros para llegar y a pesar de que la niebla dificultaba la visión, a José Ardura le dio un nuevo vuelco al corazón cuando, esperando en el umbral de la puerta, vio la silueta de Josín, voceando.

—Estaba en la cabaña, lo juro. Pero vi al Tabromachu en la ventana, papá. Me estaba mirando, y tuve miedo. Te llamé, y no viniste.

¿Cómo era posible? Miró al niño que caminaba con él y miró al niño que lo esperaba en la puerta de la cabaña. Los dos eran Josín. O al menos uno era Josín y el otro una copia idéntica. Su mente quería marearse, vomitar y desmayarse, pero su cuerpo no le dejó porque sin tener tiempo para buscar una explicación razonable, los dos críos echaron a correr el uno hacia el otro, enzarzándose en una violenta pelea. Una lucha salvaje en la que todo valía.

En los escasos segundos en que José Ardura tardó en reaccionar, víctima del susto, a los niños les había dado tiempo ya a provocarse profundas heridas en su arrebatado forcejeo.

—¡Guajes, parad! ¡Parad ya me cago en la puta! —Intentaba separarlos sin éxito—. ¡Por Dios! ¡Que paréis por favor!

Pero para uno de los niños ya era demasiado tarde. El primero se había abalanzado de un mordisco a la yugular del segundo, que sangraba profundamente a través de una herida gravísima que se convertiría en mortal en breves instantes.

De forma inconsciente, quizás sugestionado por si el niño ya condenado era “su” Josín, alzó al otro por los aires y lo empujó con fuerza, con la sana intención de separarlos, pero con tan mala fortuna que el niño cayó en una mala postura, golpeándose la cabeza contra una piedra, provocando su muerte en el acto.

Como una cruel broma de los cielos, justo en ese momento la niebla se disipó por completo revelando una imagen de pesadilla. Dos niños ensangrentados yacían muertos a los pies de un José Ardura que resoplaba en busca de un aire que no llegaba a sus pulmones. Dos niños calcados a Josín. Uno, su hijo, pero no sabía quién era el otro. José Ardura se arrodilló sin aire y sin lágrimas, en un llanto esperpéntico a la par que terrible.

Su cabezonería por modernizar la ganadería le había costado la muerte de su hijo, y su impulsividad había provocado la muerte de otra pobre criatura. Pensó en cortarse las venas allí mismo, pero no tenía el valor. Pensó en escapar montaña arriba, pero no tenía fuerzas. Pensó en cómo contárselo a la familia, pero no encontraba las palabras. Pensó en el maldito Tabromachu, y la cabeza le quería explotar.

Con un sollozo que sería eterno, tapó con unas sábanas a los dos niños, por humanidad cristiana, y porque no soportaba seguir mirándolos. Tenía que bajar al pueblo a contar lo sucedido a María del Carmen. Apesadumbrado, carcomido por la culpa y exangüe, seguía fustigándose con que tío Belarmino tenía razón, pero nunca un error había salido tan caro. Para José Ardura el mundo de la ganadería se había acabado. Ya nunca podría volver a estos pastos.

Aquel era un terreno en donde tampoco se podía olvidar de los dos niños idénticos que ni tan siquiera había sido capaz de diferenciar. ¿Quién era aquel segundo crío? ¿Cómo era posible que fueran dos réplicas exactas? ¿Acaso Josín había tenido un gemelo? ¿Un gemelo robado por la comadrona? José Ardura no recordaba el pueblo del que había llegado la comadrona para el nacimiento de su primogénito, pero ¿podría ser posible que fuera de Monte Soslayo? Desde luego la distancia era lo suficientemente cercana para sembrar la duda, aunque en aquellos momentos ya poco importaba pues la pobre criatura había sufrido el mismo destino que Josín.

El viaje en coche se le hizo extremadamente corto. Quería retrasar lo máximo posible el momento de llegar a casa. De nuevo amenazaba lluvia, señal evidente de que aquel año no habría veranillo de San Miguel que celebrar. Aunque en casa de José Ardura, las celebraciones estaban a punto de colapsar para siempre. La pérdida de un hijo, el único hijo varón de la casa, no solo sería el trago más amargo por consumir, sino que ponía en peligro la continuidad de la tradición ganadera de los Ardura. El sueño de modernizar la ganadería y mejorar su calidad de vida había caído en saco roto ya que la apuesta se había centrado en los estudios de Josín, y Josín ya no podría responder a la confianza depositada. Todo dependía ahora de la pobre Teresa, a quien habría que buscarle un marido adecuado para asegurarse que el imperio familiar no se fuera por la letrina. De nuevo, otro sueño, la aspiración de que su hija pudiera casarse con quien quisiera ella, parecía apagarse.

Solo unas horas habían bastado para desbaratar las ilusiones de cambio de José Ardura, consumido por el cargo de conciencia, y resignado ya a que ciertas cosas jamás se podrán cambiar. Justo comenzaba a orvallar cuando aparcó el coche en la explanada de delante de casa, pero no aceleró sus pasos pues le daba igual mojarse, aquellas ropas aun seguían empapadas de pecado y lágrimas.

María del Carmen estaba fregando los platos cuando vio a través de la ventana de la cocina la llegada un coche desconocido, algo que le extrañó en aquellas horas de la mañana. Pero cuando vio bajarse a su marido, ensangrentado de arriba a abajo, dejó caer del susto el plato que estaba secando y salió preocupada hacia la puerta.

—Pero ¿qué te pasó? ¿Qué haces aquí?

—Vamos adentro Mari. —Fue lo único que acertó a decir José Ardura, intentando ganar tiempo, arañar unos segundos más de tranquilidad antes de destrozar las vidas de la familia

para siempre. Entraron en la cocina y se sentaron en dos banquetas a cada lado de la mesa. José Ardura, miraba al suelo, pensando en cómo los fragmentos del plato roto eran una retorcida metáfora de lo que estaba a punto de ocurrir.

—Me estás poniendo nerviosa José, habla ya de una vez, ¿Y toda esa sangre? ¿Están las vacas bien? —Justo en ese momento tío Belarmino también asomaba a la cocina, observando en silencio desde el marco de la puerta.

—Las vacas están bien Mari. No son las vacas —José Ardura no lo pudo evitar más y rompió a llorar—, es Josín. Se murió Josín.

Pasaron unos segundos de silencio. La cara de María del Carmen aun no expresaba pena ni dolor, sino más bien extrañeza. Miraba sorprendida a su marido, como si no comprendiese del todo lo que le estaba diciendo.

—¿Cómo que murió Josín? —Y se levantó como un resorte sin esperar a que José Ardura tuviera oportunidad de responder, apartando con la mano a tío Belarmino al salir de la cocina. Al poco, volvió con la misma prisa al interior de la estancia. Seguía sin estar triste, sino más bien enfurecida—. Pero vamos a ver, ¿tú estás tonto o qué te pasa? ¿Quieres matarme del susto? Josín está en la habitación, durmiendo. ¿Qué cuernos bebiste?

Entonces fue José Ardura el que se levantó de la banqueta sin decir nada, cruzó el corto pasillo que separaba la cocina de la habitación de los guajes, y se quedó a los pies de la cama de Josín. La habitación estaba oscura, pero la luz que entraba desde del pasillo era suficiente para iluminar la cara de su hijo, que efectivamente dormía tranquilamente, ajeno a lo que estaba pasando. ¿Cómo era posible? Si Josín estaba ahí, ¿quiénes eran los niños de la Braña? Sentía que la cabeza le iba a explotar. Confuso, se giró hacia su mujer, pero tenía la mirada perdida hacia el infinito.

—Josín... Josín subió conmigo ayer a la Braña... ¿no?... El Tabromachu... Los críos... Muertos...

—Me estás empezando a preocupar José. Ayer subiste tú solo. ¿Qué te...? —María del Carmen no pudo terminar la pregunta porque su marido cayó al suelo y empezó a sufrir fuertes convulsiones—. ¡Belarmino! ¡Ayuda!

José Ardura ya nunca más se despertaría. Para el momento en que llegó el médico, no pudo más que confirmar el fallecimiento del ganadero. Horas más tarde se establecería que la causa de la muerte había sido una hemorragia cerebral, probablemente causada por un traumatismo craneoencefálico. Un traumatismo que se podría justificar en base a la herida reciente que el fallecido tenía en la base del cráneo.

La tempestad estaba descargando con fuerza en casa de la familia Ardura, con una viuda que gritaba desesperada llamando por su marido, y con dos hijos traumatizados, despertados en su habitación solo para ver a su padre morir ante sus ojos a una edad demasiado temprana. Pero las vacas, las vacas no atendían a tragedias ni a lutos, por lo que tío Belarmino decidió subir a la furgoneta y ascender hasta la Braña para asegurar el sustento de la familia, especialmente ahora que José Ardura ya no iba a estar ahí para cuidarlos. De paso, quería comprobar si allá arriba había alguna prueba para explicar lo ocurrido, para intentar averiguar quiénes eran esos críos muertos que se habían apoderado de las últimas palabras de su sobrino. Aprovechó la soledad del viaje para llorar todas las lágrimas que no se podía permitir soltar delante de los demás.

Cuando llegó arriba vio el muro destrozado, pero respiró aliviado al ver que las vacas estaban encerradas en el bebedero. Probablemente José Ardura las había guardado ahí hasta poder arreglar el muro. Aquello parecía razonable, aunque no tenía muy claro cómo se habían

podido caer las piedras de esa forma. Inmediatamente los ojos amarillos del Tabromachu circularon por su mente, pero no se detuvo demasiado en ellos pues otra cosa llamaba su atención. Al lado de la cabaña, dos sábanas manchadas de sangre tapaban dos cuerpos pequeños, que podrían pertenecer perfectamente a dos niños.

Con el corazón en un puño, tío Belarmino se acercó despacio a los bultos rezando porque aquello no fuera lo que parecía. Llegado el momento de levantar con cuidado la primera sábana, respiró aliviado. Debajo no había ninguno niño. Resopló con nostalgia al comprobar que lo que ahí se encontraba era el cuerpo sin vida de Coque, el perro pastor de la familia.

Era cierto que coque era una parte importante de la familia, pero seguía sin justificar las palabras de José Ardura. Esto no hizo más que poner nervioso a tío Belarmino a la hora de levantar la segunda sábana, preocupado por lo que se podía encontrar. Por suerte, en la otra sábana había otro perro, igualito a Coque, no solo por su raza, sino por el mismo color de pelo castaño que caracterizaba al perro pastor. Perfectamente podrían tratarse de hermanos, pues Coque había llegado a casa un día que tío Belarmino se encontraba comerciando en Monte Soslayo, y una familia cuya perra acababa de parir cuatro cachorros, le propuso intercambiar uno de ellos por un par de quesos.

Estaba claro que el golpe había afectado la percepción de José Ardura en sus últimas horas de vida, y quizás había confundido a los animales con Josín. Parecía que aquellos perros se habían peleado, quizás entre ellos. O quizás fueron los perros quienes provocaron el golpe mortal de su sobrino. O quizás los tres habían combatido protegiendo al ganado del Tabromachu. Pero una cosa estaba clara para tío Belarmino. Si toda la familia hubiera estado en la Braña, nada hubiera pasado y José Ardura seguiría vivo. El experimento de su sobrino había tenido el peor final posible, y el Tabromachu se había cobrado su víctima de una u otra forma.

Era momento de dar un puñetazo en la mesa y volver a tomar las riendas de la familia. El año siguiente volverían a pastorear como siempre, como nunca debieron de dejar de hacerlo. La mejor forma de honrar la memoria de José Ardura era proteger y cuidar a su familia. Él corregiría el error de su sobrino y volvería a poner a las vacas en el lugar que se merecen. Solo así podrían salir adelante y mantener la esencia del negocio, la esencia vaqueira.